



Juan A. Contreras
Profesor Jubilado

¿Por qué no se rebela la gente que lo está pasando mal? (II)

4. "Es la economía, estúpido"

Ante Volviendo a "lo están pasando mal" que yo mismo me preguntaba en el encabezamiento del artículo: Por primera vez desde hace un siglo, en Europa y EEUU, las nuevas generaciones tendrán un nivel de vida inferior al de sus padres. Y la crisis financiera, con sus "soluciones" de austeridad contra las clases medias y los humildes, está empeorando el malestar general. Nunca tuvo más razón esta frase utilizada en la campaña por Clinton contra Bush padre.

Un apunte previo para intentar comprender muy brevemente la situación económica actual: ¿Por qué las crisis en el capitalismo? Dado que no hay otras fuerzas equilibradoras activas dentro de la anarquía competitiva del sistema económico capitalista, las crisis tienen una función importante: aplican un cierto orden y racionalidad al desarrollo económico capitalista. Esto no quiere decir que sean en sí mismas ordenadas o lógicas; simplemente crean las condiciones que provocan cierta racionalización arbitraria al sistema de producción capitalista. Esta racionalización extrae un coste social y tiene sus consecuencias humanas trágicas en forma de quiebras, colapso financiero, devaluación forzosa de los activos de capital y los ahorros personales, inflación, creciente concentración del poder político y económico en unas cuantas manos, caída de los salarios reales y el desempleo. Las correcciones periódicas forzadas del curso de acumulación del capital pueden fácilmente descontrolarse, sin embargo, y provocar luchas de clases, movimientos revolucionarios y el caos que típicamente proporciona el campo de cultivo para el fascismo. La crisis es una racionalización irracional de un sistema irracional: la irracionalidad del sistema queda per-

fectamente clara hoy: masas de capital y trabajo inutilizadas por toda la Tierra, en el centro de un mundo pleno de necesidades insatisfechas, en una economía política de desposesión de las masas y de práctica predatorias que llegan al robo a la luz del día.

De nuevo, el amigo que se preguntaba cuando estaba en el instituto sobre la esclavitud egipcia me escribía: "Antes, una parte importante de la izquierda luchaba enarbolando la bandera de una sociedad posible, pero ¿ahora? ¿Alguien se cree realmente que Iglesias (el candidato de IU en Asturias) o Llamazares van a llevarnos a una sociedad socialista? La gente, cuando menos, no lo ve claro. Va a las manifestaciones, o a la plaza un 15M, pero a las barricadas... Si la gente se rebelara ¿quién crees que podría asumir las riendas y por dónde llevaría el carro? Eso es lo que la gente no ve claro, entre otras cosas porque no es tonta. Además, hay gente que ve el enemigo por otro lado (la inmigración, por ejemplo, o los políticos en general, o los funcionarios, etc.)".

Hasta hace poco tiempo los historiadores se ocupaban de los grandes hombres, de los héroes y de sus gestas llenas de sangre en la boca, sin embargo en el siglo XIX tuvo lugar un cambio en el foco de interés a favor las multitudes y de sus movimientos de protesta. Hoy día se cree que son importantes ambos protagonistas.

Estamos viendo cada día que el capitalismo (y el desarrollo en los antiguos países del comunismo igual o peor) se enfrenta a serias limitaciones medioambientales, así como a limitaciones de mercado y de rentabilidad. El reciente giro hacia la financiarización es un giro forzado por la necesidad de lidiar con un problema de rendimientos decrecientes y de absorción del excedente. El trabajo y, particularmente, el trabajo organizado es ahora una peque-



ña pieza y juega un papel parcial en lo que está ocurriendo. No parece que el proletariado sea ahora la vanguardia de la lucha cuando la arquitectura del vínculo Estado-finanzas, el sistema nervioso central de la acumulación de capital, es el asunto fundamental. El grueso de las luchas políticas alternativas exalta desde hace décadas fuegos (¿fatuos?) populistas, como el movimiento 15M, Mayo del 68 o Le Pen.

Y son muchos los que dudan de una alternativa posible. Muchísima gente, incluso muchos jóvenes no fueron a la huelga del 29 de marzo por ese motivo. Consideraban que "no servía para nada, salvo para agravar la situación". Recuerdo que opiniones parecidas las he escuchado siempre en los institutos por los que he pasado. Algunos de los profesores simplemente eran unos gorriones: no se mojaban y así no les quitaban parte de su sueldo y, si la protesta daba resultados, ellos también se aprovechaban de las ventajas conseguidas.

La gente ruega con todo su corazón por "quedarse como está". Tienen miedo a perder lo poco o lo mucho que han conseguido a lo largo de sus vidas. El sistema capitalista basado en el crédito (ya se adelantó Ferdinand Cèline con

el título de su novela "Vida a crédito") impulsó en las décadas recientes las tendencias al lujo a niveles cada vez más altos: cambiar de coche hacia BMW, Audi, Mercedes, Lexus y cuatros por cuatro; comprar una segunda vivienda; esquiar en los Pirineos o en los Alpes; vacaciones en el Caribe o en destinos cada vez más exóticos; hacer cruceros; armarios repletos de ropa; los grandes "chefs"; los edificios del Calatrava; las líneas de alta velocidad por toda la piel de toro; los aeropuertos para pasear; las universidades con cuatro alumnos; etc. En fin, un desastre económico y ecológico acelerado y en toda regla.

Como ya hemos visto la figura clave de la nueva época era y es el productor-deudor. Y si tomamos al pie de la letra el Nuevo Testamento, su forma de actuar parece sugerir un análisis coste-beneficio del tipo "ganar el mundo entero contra perder el alma". Y ahora, estos animales de lujo creen que no pueden hacer nada para cambiar lo que hay y temen que si lo intentan van a fracasar y perder el empleo, la ayuda familiar, el subsidio de paro, la pensión o los ahorros que tiene en el banco. Pocas cosas han sido tan preocupantes y aun desasossegantes como la despreocupada falta de desasosiego, en los últimos años, por parte de la opinión pública, de esta España/ Europa muellamente declinante en su cómoda indiferencia, tolerante para con todo aquello que no perturbase su digestión. Porque piensan que a ellos no es a los que les corresponde cambiar las cosas sino a los que tienen el poder y las competencias para ello: las clases privilegiadas. Por eso esperan que cambiando el sentido de su voto algo cambie. Pero las clases privilegiadas tampoco son tontas (parafraseando a mi amigo) y mirarán por lo suyo en primer lugar, como se está viendo en el día a día de los recortes presupuestarios y con las continuas privatizaciones y con la amnistía fiscal a los ricos y bajándoles los impuestos a los suyos y dejando que evadan sus beneficios a los paraísos fiscales. Pero los patronos de esta historia se están cansando de dar propinas a los camareros como España, Grecia, Irlanda o Portugal.

5. Las instituciones-rediles

¿Por qué los griegos le han plantado cara a los recortes en muchas ocasiones y aquí sólo se ha producido sólo algún amagar pero no dar?

¿Tal vez el efecto disuasorio del aprendizaje vicariante (o de modelado o de aprender en cabeza ajena; Bandura) haya influido en que la mayoría de los españoles crean en la inutilidad de las algaradas y de las huelgas generales?

Que los gobiernos conservadores griegos, portugueses, irlandeses o españoles se retiren de los sectores de la vida social que les corresponde controlar y redistribuir cuando manejan el Estado no nos alarma demasiado; pero lo escandaloso es que en Grecia, Portugal o España los gobiernos socialistas sean los liquidadores del Estado de Bienestar, elogien la empresa privada y privaticen (la famosa frase "Gato blanco o gato negro, lo importante es que cace ratones" de Felipe Xiaoping), empeoren la situación de los trabajadores y sean tan corruptos como los conservadores (de nuevo González maoísta). ¿Cómo lo consiguen todos ellos?

La minoría que se halla en la cumbre puede mantener obedientes a las masas que están abajo, siempre que su poder esté *institucionalizado* en las leyes y las normas del grupo social en el que actúan ambas. La institucionalización es necesaria para alcanzar objetivos colectivos rutinarios, y así el poder coercitivo, explotador, es decir, la estratificación social, se convierte también en una característica institucionalizada de la vida social.

De esta manera existe una respuesta a la pregunta de por qué no se rebelan las masas (problema perenne de la estratificación social), y esa respuesta no se refiere al consenso de valores, a la fuerza ni al intercambio o reciprocidad entre los individuos. Las masas obedecen porque carecen de organización colectiva para hacer lo contrario, porque están incrustadas en organizaciones de poder colectivo, cooperativo/ coercitivo (una fábrica, una oficina, un centro escolar, una iglesia, una familia, las votaciones democráticas, por ej., donde se practica la sumisión como norma).

6. El cambio social

Los pueblos se vuelven revolucionarios sólo cuando los regímenes rechazan sus demandas y, en una escalada confusa, deciden que es posible destruir el sistema. También suele hacer falta la debilidad o la división del bando contrario.

En contra de la opinión de muchos, no existe una correspondencia necesaria entre las tendencias macroeconómicas y los movimientos sociales. Las insurrecciones no siempre ocurren porque la economía vaya mejor o peor. Una explicación mejor es la curva en J de Davies (una J tumbada y dada la vuelta, como una colina con la pendiente más suave a la izquierda), según la cual las revoluciones ocurrirían después de un largo periodo de prosperidad económica, seguido de un momento breve y agudo de caída, es decir, cuando después de producirse un aumento de las expectativas de las masas, éstas quedan abruptamente frustradas, lo que se está dando hoy día en España.

Si la agitación adquiere un carácter más económico, más confinado a las relaciones directas de producción, suele moderarse y despolitizarse. Unos partidos políticos y un sindicalismo hecho de retórica socialista y compromiso pragmático suelen ser unos buenos amortiguadores de la ira popular, así como también el logro de la segmentación y sectorización, es decir, la división multiplicada de las reivindicaciones políticas y económicas (las reivindicaciones nacionalistas, o por fábricas o por profesiones, o de los homosexuales, etc. por ej.).

En un correo me apuntaban que uno de los problemas de los brazos caídos de la gente es que "no se identificaba al responsable o artífice de la situación actual". En efecto: ¿Existe alguna posibilidad de reaccionar ante una situación en la que una presunta volatilización de la política diluye también las posibilidades de control democrático? ¿Cómo intervenir en esta red autoorganizada? ¿A quién pedir cuentas por los efectos de una crisis bancaria internacional o por el despido y los recortes masivos si son los mercados los que imponen a los



estados estas políticas macroeconómicas y sociales?

La ingobernabilidad se produce cuando el mecanismo de ajuste y reajuste se desarregla. El gobierno no quiere o no alcanza a percibir adecuadamente las señales –los *inputs*– que le llegan del entorno –demandas, reivindicaciones, aspiraciones, apoyos, etc.– o no puede procesarlas de manera adecuada. Como consecuencia, no emite las respuestas esperadas –los *outputs*, las políticas– o las retrasa excesivamente. Con ello, el conflicto o la tensión inicial –que sigue sin resolverse– se agrava, hace aumentar aún más la presión que descarga sobre el sistema y, finalmente, lo bloquea o descompone. Es lo que probablemente ha ocurrido en la “Primavera Árabe”.

Otros factores del cambio político son la influencia y carisma de un líder (o su desaparición) –oigamos a Mayakovsky, de nuevo: “Los hombres barcas son/ aunque en dique seco, hasta que el viento lanza de nuevo/ las consignas de Lenin”.–; o una derrota militar; o una amenaza exterior; la estrategia de las élites para dividir y “pacificar” a la sociedad; las mutaciones culturales; y los cambios tecnológicos y económicos. Que la conducta agresiva se concrete dependerá de las interpretaciones que hagan los individuos (valoraciones) de su situación actual así como de ciertos factores restrictivos (como por ejemplo la presencia de la policía o de cámaras de vigilancia o de las normas establecidas). Ya el gobierno conservador actual va a intentar cambiar las normas: penalizar una conducta tan agresiva como es una sentada o encadenarse entre los que la practiquen. Esto sí que es cambiar la

valoración.

“Esta crisis no es equiparable a otras que haya podido haber en el siglo XX como por ejemplo situaciones de posguerra o el crack del 29. Es una crisis gravísima, gorda, triste, imperdonable, pero llega en un momento de una cierta estabilidad en Europa, en un contexto muy diferente, y sin duda alguna, sin hambrunas generalizadas o un grado de pobreza parecido al que pudiese haber entonces”, me recordaba una conocida en un correo. Vamos a ver cuánta razón tiene.

Según Tilly, para que tengan lugar los movimientos sociales se precisa una situación favorable (una estructura de oportunidades), una estructura de organización y de comunicación (por eso el PP se está curando en salud intentando penalizar las convocatorias por las redes sociales) y una definición de la realidad (una ideología, una conciencia de clase, un programa o proyecto) y una cierta acción en el tiempo. La ideología englobaría una mentalidad o conjunto de ideas compartidas sobre cuestiones cotidianas, a menudo inconscientes; una utopía, es decir, un proyecto de sociedad deseable pero imposible de alcanzar; y un mito, es decir, una historia o conjunto imágenes o símbolos que justifiquen el presente. El gran mito de la historia contemporánea es la revolución (las escasas revoluciones sociopolíticas –francesa, rusa y china– ocurrieron en la última parte de la larga historia humana). Mayakovsky lo expresaba así: “Te conseguiremos, universo romántico/ Más fe para el alma, pero electricidad, vapor/ Más mendigos, guardaos las riquezas de todos los mundos/ Matad antiguallas. Que los cráneos sean cenizeros.” Pero este mito de la revolución decae desde hace años pues se percibe que no cumplieron las expectativas puestas en ellas una vez perdida la inocencia de estos dramas.

Existen varias teorías (modelos) sobre la revolución. La que primero se

nos viene a la cabeza por su aparatosisidad es el modelo volcánico: un magma en las profundidades que se va tensionando, tensionando, porque se le presiona o se va haciendo cada vez mayor, hasta que consigue explotar porque el tapón que lo evitaba (la clase gobernante) es muy rígido y poderoso, y entonces sale disparado a varios kilómetros y se produce una gran emisión de productos volcánicos y, a veces, el hundimiento del aparato volcánico con la consiguiente formación de una caldera volcánica, como las Cañadas del Teide. Otras veces el cráter se resquebraja y deja salir el material sin que se produzca una gran explosión. ¿Cómo se evita entonces la gran explosión revolucionaria? Calmando las tensiones por medio de reformas (que vayan dejando salir parte de las tensiones internas) al mismo tiempo que se van controlando esos escapes de gases (la Revolución Inglesa fue un claro ejemplo de esto). Dicho brevemente: la política inteligentemente dosificada del palo y de la zanahoria. Otras veces, lo que ocurre es que si se ablanda el tapón con las reformas podría ocurrir que se facilitase la erupción creyendo que son debilidades de los gobernantes.

En la última posguerra europea el capitalismo renano (el de la socialdemocracia y el estado de bienestar) junto con la cultura desbordante de la psicoterapia, fueron en buena medida regalos del estalinismo. En la fase final de la era Breznev ya no se daban los presupuestos para cualquier actividad misional y expansionista de Moscú. Así mismo el maofismo dejó de significar fuera de China algo más que un humo de paja del romanticismo campesino en el tercer mundo con las excursiones del Ché por Bolivia y África. La liquidación de la suavidad del bienestar estaba en marcha con el idilio de una pareja de líderes tutelándola: Thatcher&Reagan.

El modelo volcánico de la curva en J de Davies (que ya vimos antes) dice que la revolución tiene más probabilidades de producirse cuando a un periodo prolongado de expectativas y gratificaciones crecientes le sigue otro en el que opera un cambio brusco. El proble-



opinión

ma de este modelo es que no explica el paso de la frustración individual a la colectiva, y tampoco de la frustración colectiva a la acción o por qué esta se dirige contra la autoridad, como vimos en las encuestas a los parados. Es decir, por qué en lugar de levantar barricadas se dedican a beberse las barricas o ir al sacerdote o al psicólogo. Este modelo va asociado con la frustración-ira de los que se creen privados de algo cuando se comparan con otros y no obtienen lo que creen que les debe de corresponder, como ocurre con la multitud de titulados universitarios que ven que sus títulos son documentos mojados y billetes malgastados.

El otro modelo explicativo, el modelo político, se basa en la competición de los intereses y aspiraciones de los grupos de poder, en su afán por los recursos, la influencia y la hegemonía. Este modelo refuta la concepción volcánica en tres aspectos: la naturaleza y origen de los sentimientos de injusticia (menos psicosocial); la composición social de las masas revolucionarias y la trayectoria de la cólera de acción.

En la medida en que la violencia colectiva no es una mera y espectacular erupción de rabia, sino una concurrencia de disputas entre intereses contrapuestos para conseguir una ventaja táctica, su razón de ser reside no en vagas frustraciones sociales sino en quejas de principio, es decir, que más que arranques caóticos de gente enfadada, las revoluciones implican una estructura social, un modelo político y una lógica táctica.

Si como sostiene el modelo volcánico, las revoluciones y la violencia colectiva son erupciones de rabia, entonces los rebeldes más dispuestos, deberían surgir de entre las gentes que sufren las peores injusticias, el modelo político pronostica todo lo contrario, ya que ellos son los que cuentan con menos recursos para enfrentarse y presionar a los que gobiernan. He aquí una buena respuesta a la constatación evidente de por qué los esclavos egipcios o los indi-

gentes medievales y contemporáneos no se debelan y por qué históricamente las revueltas y revoluciones las han llevado a cabo la gente que tenía recursos para ello. Entre los muy jerárquicos chimpancés las coaliciones, traiciones y derrocamientos de los machos alfa siempre vienen de los betas coaligados con algún otro de rango más inferior. Por eso el modelo político supone que los grupos nucleares de la política revolucionaria serán aquellos cuya base económica, nivel social, estructuras organizativas y conexiones políticas, les dote de poder de negociación y (o) de lucha para ejercer una presión en el escenario político a favor de sus exigencias.

Mientras que el modelo volcánico no explica cómo se fomentan los sentimientos de injusticia entre grupos específicos, ni cómo dicho descontento se convierte en una protesta generalizada, el modelo político supone dos relaciones analíticas que cubren estos vacíos: por un lado cabe señalar que la influencia del cambio estructural en el conflicto es enorme pero indirecta y que los cambios en la estructura y composición social afectan al número, la identidad, los intereses y los sentimientos de injusticia característicos de los grupos que luchan por el poder así como por sus demandas. Así mismo, los cambios van reestructurando y modificando los objetivos y tácticas a seguir. Esos sentimientos de injusticia tienen que encauzarse de alguna manera en una protesta generalizada a través de la coordinación formal o no, es decir, tiene que haber algún tipo de organización que canalice y busque las oportunidades del poder social.

7. Final

Ya va siendo más que hora de acabar con esta casi tesis doctoral: El filósofo Sloterdijk, analizando el capitalismo actual, concluye mejor de lo que lo podría hacer yo: "En el horizonte del presente no hay visible ningún movimiento o partido al que se puedan atribuir nuevamente las funciones de un banco mundial de la ira" (nunca mejor dicho lo de un banco y además masivamente descapitalizado), y sigue: "no hay

ninguna forma popularizable de apocalíptica positiva que esté en situación de traducir la potencial quiebra de los sistemas socio-económicos que hoy tienen éxito en atractivas visiones de un tiempo venidero... en esta situación resulta obvio el regreso a las invenciones de las historias étnicas o subculturales". Pero está claro que a pesar de tener razón no se puede uno desmoralizar, si nada se hace, si ni siquiera se rechista, te la clavan seguro. Se nos acabó la tumbona en la primera fila del Cielo capitalista.

El sociólogo Bourdieu ya en 1998 previno de un "modo de dominación de un nuevo tipo, basado en la institución de una condición generalizada y permanente de precariedad cuyo objetivo es compeler a los trabajadores a la sumisión, a la aceptación de la explotación. Una inseguridad objetiva que sirve de soporte a una inseguridad subjetiva generalizada que hoy afecta, en el núcleo de una economía avanzada, a la mayoría de los trabajadores e incluso a aquellos que no han sido golpeados o que todavía no lo han sido".

Y para acabar, echemos unas carcajadas con la siguiente frase del antiguo líder del Nuevo Laborismo británico, Tony Blair: "La guerra de clases se ha acabado. Pero la lucha por la auténtica igualdad no ha hecho más que comenzar". Según el coeficiente de Gini, que mide la desigualdad en la distribución de la renta, la desigualdad aumentó en un tercio en Gran Bretaña durante su mandato y hace un año hubo una grave revuelta en los barrios bajos londinenses.

Por último: nadie predijo la Caída del Muro ni la Primavera Árabe ni la Gran Recesión actual, tampoco nadie predijo la Revolución Francesa ni la Rusa. La revolución real siempre es una sorpresa. El estudio de las revoluciones permanece en un estadio parecido a la predicción de los terremotos o a la de las erupciones volcánicas: la CIA y sus agencias delegadas repartidas por todo el mundo intentan dar sentido con una red extensa a una mirada de datos pero no se sabe con precisión ni cuándo ni con qué intensidad se producirán. Gracias a eso a los defensores del antiguo régimen se les pone cuesta arriba paralizarlas.